

El privilegio de ser terrícola por Sara Steven

Sara es Licenciada y Profesora en Ciencias Biológicas, especializada en gestión ambiental. Desarrolla su actividad profesional como docente de la UBA, en la Unidad Académica "Rosario V. Peñaloza" donde es Jefa del Área de Ciencias Naturales (Profesorados de Biología y de Química), y asesorando a empresas en temas ambientales. Forma parte de la ONG "SOS Ballester" con la que participó en la elaboración de ordenanzas con contenido ambiental en el Municipio de Gral. San Martín.

Pertenecer tiene sus privilegios, ¿conocen esta frase publicitaria?, ¿cuál es el significado de esta expresión para Ud.?

Seguramente coincidirá que este enunciado está relacionado con la idea de progreso y que para generar esa percepción de progreso y éxito en la sociedad actual, debo poder mostrar objetos, generalmente muchos y cuanto más sofisticados mejor.

Soy lo que tengo, me lo recuerda la publicidad durante todo el día. Bienes y objetos transables en el mercado, si puedo acceder a ellos soy parte del mercado. Pero...

¿De donde provienen las materias primas que se utilizan para producir estos objetos que tengo el privilegio de tener? De la naturaleza.

Y cuando pasan de moda, me cansan, no satisfacen mi ego, o escuché que ya están "out" ¿a dónde van a parar? A la naturaleza.

¿Y que sucede con ese escenario natural cuando este ser humano eminentemente consumidor, consume demasiado? La contaminación y la degradación de los ecosistemas.

¿Tienen Ud. conciencia que absolutamente todo lo que nos rodea, es de origen natural?

¿Tiene Ud. conciencia que el planeta es grande pero finito, que es un sistema complejo con una gran capacidad de autorregulación que está siendo afectado por la dinámica de la civilización actual?

La contaminación ocurre precisamente por volcar en el ambiente mayor cantidad de sustancias que las que los seres vivos o los fenómenos fisicoquímicos naturales pueden procesar.

¿Es, entonces, el desarrollo sostenible una nueva utopía?

La humanidad se encuentra en una gran crisis y la diversidad de intereses en juego da poca esperanza para encontrar una solución en el corto plazo. ¿Es factible un cambio que posibilite la eliminación de la pobreza, el respeto por la diversidad de las culturas y que al mismo tiempo permita un uso sostenible de la naturaleza?

Si pensamos que la naturaleza y que la humanidad son grandes sistemas muy complejos y dinámicos que evolucionan, entonces, si, es factible. Pero en el largo plazo y con grandes tensiones; así lo evidencia la historia de la humanidad.

Hace 4500 millones de años que la naturaleza crea nuevas variantes con capacidad para sobrevivir ante los cambios que ella misma va generando. Impulsa fuerzas que la transforma y que cambia a los seres animados e inanimados. Modifica las relaciones entre sus componentes y el grado de intensidad de las mismas. Permite la autoorganización y la autorregulación. Está en cambio permanente... Y como el cambio es lo único permanente, es allí donde radica la esperanza.

En Europa, hace aproximadamente cuatrocientos años se produjo uno de los tantos cambios socio-culturales-ambientales, se gestó lo que hoy se conoce como el

“paradigma de la modernidad” que configuró nuestra realidad actual. Estas ideas potentes posibilitaron mediante la razón y la ciencia, crear la ilusión del control de la naturaleza para mejorar la condición del hombre y facilitó el desarrollo científico y tecnológico actual.

Al mismo tiempo, va cobrando importancia el individuo, que “independizándose” de la naturaleza y de la religión, crea su propio sentido a través de la acumulación de posesiones. El individuo se erige así, como sujeto económico que actúa en el mercado y legitima su egoísmo para satisfacer sus deseos, porque así se generan riquezas. La dominación de la naturaleza, pensaban estos hombres “modernos”, llevaría al crecimiento económico infinito y a la felicidad. El progreso no tendría límites.

Si hoy pensamos, en forma genérica, que el desarrollo es un proceso en el cual una población mejora su calidad de vida, independientemente de cómo se defina este concepto, no incluye a la pobreza.

Increíblemente, el pensamiento hegemónico todavía considera hoy a la naturaleza como un recurso al servicio del desarrollo económico. Inclusive también a los hombres, mujeres y niños, pues la maximización de las ganancias presupone la mayor parte de las veces, la maximización de la explotación. Muchas empresas migran de país en país con el objetivo de mejorar su competitividad, dejando un tendal de patologías colectivas relacionadas con la frustración y el dolor por la pérdida del trabajo y un ambiente generalmente degradado. Este enfoque genera múltiples pobreza: material, de protección, de inteligencia, de salud física y psíquica, lo que impide la sostenibilidad social y ambiental del desarrollo. Vivimos en un mundo donde el hombre está al servicio de la economía y con profunda inequidad en la distribución de esa riqueza, tanto entre las naciones como entre los individuos.

¿Sabía Ud. que en este mismo instante la humanidad cuenta con suficientes recursos económicos y científicos para solucionar TODOS los problemas sociales y ambientales del mundo? Si tenemos los recursos ¿cuál es entonces el problema?

Claramente son nuestros valores: debemos cambiar nuestra forma de sentir, de pensar y de actuar.

Resulta imposible respetar a la naturaleza si no se aprende primero a respetar a otros seres, y esto incluye necesariamente la capacidad de amar a otros seres humanos. Así como la vitalidad de los ecosistemas radica en su biodiversidad, de manera semejante la vitalidad de la humanidad reside en la riqueza de sus culturas. El pensamiento único lleva a la pérdida de diversidad cultural poniendo en riesgo la sostenibilidad de la sociedad.

Esto tampoco será posible si no sentimos nosotros mismos que somos amados. Es más bien sencillo; cuanto más afecto intercambiamos, menos necesidad tendremos de consumir paliativos para hacer llevadera la vida. Más afecto y menos bienes. Esa es la importancia que tiene la familia como núcleo de contención y promoción de los valores básicos, que no sólo estructuran a la sociedad sino que también la pueden hacer sostenible.

Asimismo, desde nuestros roles como padres/madres, como docentes, estudiantes, comerciantes y/o dirigentes de empresas, debemos reflexionar sobre el impacto socioambiental de nuestras decisiones. El estilo de vida con el que identificamos el éxito en esta sociedad, está destruyendo el sustento de las actuales y las futuras generaciones, es decir, está condicionando la vida de nuestros hijos y nuestros propios nietos.

Actualmente para que nosotros gocemos de algunos privilegios otros sufren penurias. Por lo tanto, no será el mercado como ente abstracto, el que solucionará nuestros problemas ambientales, sino que lo resolveremos nosotros siendo *consumidores responsables*, teniendo un sentido solidario con nuestros contemporáneos y nuestras

generaciones futuras. Es necesario que la economía esté al servicio del hombre y no al revés. Existen hace tiempo diversas experiencias en este sentido: como consumidores, debemos hacer el esfuerzo de independizarnos de lo efímero y lo descartable y adherir al Comercio Justo, que implica consumir con responsabilidad social y ambiental.

Las decisiones políticas son fundamentales, y ya existe legislación que jerarquiza como derechos al ambiente sano, la participación ciudadana y el acceso información pública. Sólo falta que nosotros, los ciudadanos, nos apropiemos de los recursos de la democracia para ejercerlos plenamente.

El cambio de los hábitos personales es el más difícil, pero si analiza lo que hacía Usted hace un tiempo atrás ¿piensa que no cambió nada? ¿cree que sigue pensando sobre estos temas exactamente igual que hace 5 años atrás? ¿Verdad que no? Entonces, el cambio es posible.

Y después de todo, pertenecer a este maravilloso planeta y tener la capacidad de disfrutarlo ¿no es un privilegio cósmico? ¿no vale la pena hacer el esfuerzo de preservarlo con todos sus integrantes?